

## LA TERCERA HUELLA DACTILAR

por

MONTIMER LEVITAN

El persistente repiqueteo del timbre de la puerta irritó al profesor Sanders; provocó en él unas exclamaciones poco correctas y casi profanas; le preocupó, le disgustó y casi le indispuso. Sin embargo, dejó que el timbre continuara sonando.

Sanders se paseaba de un lado a otro por su estudio lleno de infinitos y variados papeles y oscurecido por las persianas echadas. En un esfuerzo frenético para no oír el incesante repiqueteo del timbre se tapó los oídos con las manos, pero las odiosas vibraciones continuaban taladrándole el cerebro. Las baterías eléctricas sufrían también con aquel desgaste; ya el incesante clamor comenzó a convertirse en zumbidos y tintineos. Pronto, muy pronto, las leyes benévolas de la física agotarían las baterías y el timbre enmudecería por completo.

El repiqueteo cesó y el profesor Sanders cayó en un sillón, agotado, desesperadamente necesitado de calma y reflexión.

Las baterías, meditó, costarían cinco cheelines por elemento, y además, necesitaría un electricista para instalarlas.

Esos desconsiderados reporteros acabarían con su dinero como habían acabado con su paciencia.

Se levantó maquinalmente. No acertaba a comprender por qué sus reflexiones habían acabado con tanta brusquedad. Buscó un motivo plausible. Aquella débil convulsión le recordaba algo... algo prometido, alguna cosa que debía hacer, algún compromiso que cumplir.

Obedeciendo a un impulso inconsciente, se dirigió hacia la puerta principal y la abrió con aire distraído. Entró un elegante joven de unos veintidós años. Luego Sanders cerró la puerta con llave.

—Se lo agradezco mucho, profesor—saludó el visitante.

—Hay algo que debo hacer—le dijo con confianza el profesor.—Pero no acierto a recordar qué es. El maldito timbre sonó tres veces y eso me trajo a la memoria el recuerdo de algo... mas no acierto a comprender qué.

—Prometió dejarme entrar cuando le diese la señal.

—¿Sí?—El profesor se mostró ingenuamente sorprendido.—¡Ya sabía que era algo! Bien, ya estás dentro. Abrí la puerta sin darme cuenta, porque uno de esos salvajes reporteros podría haberse "colado"; son unos charlatanes; debería dictarse una ley muy severa contra ellos.

Sanders, de cabellos grises, con gafas y luenga barba, olvidando la presencia del joven, habría declamado largo y amargamente de no haberse interpuesto Guy Steel en tono amistoso.

—No debe usted culpar a los reporteros. Ha originado usted una gran conmoción con su grandiosa obra. La gente está interesada, quiere saber más acerca de usted, y el deber del reportero es averiguarlo para satisfacer al público.

Replicó el profesor:

—No me interesa ver mi nombre y mi trabajo lanzados en sus periódicos sensacionalistas. Me satisface que las publicaciones científicas traten seriamente el asunto; además, todavía no he enviado mi manuscrito a los editores.

El profesor abrió marcha en dirección al estudio, aunque Guy Steel no necesitaba ninguna guía, pues había estado en la casa muchas veces en sus años de estudiante. Era una especie de protegido del viejo y excéntrico pedagogo, que llevaba una vida solitaria en su casita. Guy había sabido establecer una verdadera intimidad que le permitía frecuentar el estudio, aunque el profesor Sanders era hom-